

**BEST SELLER**

Roberto Meezs



©Best Seller  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Abril 2021

Roberto Meezs

Edición general: Martín Muñoz Kaiser  
Edición creativa y de estilo: Aldo Berríos  
Ilustración de portada: José Canales  
Corrección de textos: Aldo Berríos  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-57-5  
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2020-A-9595

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

a mi familia.

*Dos gorriones sobre la misma espiga  
no estarán mucho tiempo juntos.*

**Miguel de Cervantes**

# I

## Fernando Quintana

Sus ojos resplandecían al mirar las jugarretas de sus dos hijos en el parque. Fernando Quintana se sentó en un banco de madera humedecida mientras los pequeños se columpiaban. Abrió el libro que traía bajo el brazo y comenzó su lectura. *Trampas peligrosas*, se leía en la portada. Fue su primer libro, escrito en el año 2001 y publicado por la editorial Focus, los únicos que apostaban por sus historias. El libro se encontraba garabateado con lápiz rojo en cada una de sus páginas, con tal fuerza que incluso en algunas traspasaba la hoja; intentaba perfeccionarlo hasta el cansancio para su próxima edición. Sin embargo, los números de la editorial habían reflejado una disminución en las ventas, y eso se lo dejó en claro su editor en la última conversación que tuvieron.

El sol brillaba a su espalda, iluminando a los árboles y los niños, quienes se entretenían en los distintos juegos públicos de precario mantenimiento. Aquel lugar era uno de los pocos espacios con vegetación dentro de la urbe de cemento, que concentraba innumerables casas dentro de una población. Sus hijos no tenían amigos con quienes jugar, el padre tenía mucha desconfianza de los extraños y fue inculcando en ellos sus temores irracionales hacia la gente desconocida. “Los extraños pueden hacerles daño”, era la frase que les decía generalmente a los pequeños tras cada solicitud para salir a jugar a la calle, y como era de esperar, ellos respondían con llantos y pataletas que evidenciaban su frustración inocente.

—Por favor, Antonia, no dejes que tu hermano se lance de cabeza. ¡Cuídalo, tú eres la mayor! —vociferó Fernando, endosándole a su hija la responsabilidad.

Ella, con sus escasos diez años, lo miró resignada. Estaba aburrida de quedar a cargo de Carlos, su hermanito de ocho años, y ser la responsable de cualquier tipo de accidente. Carlitos arrastraba una etiqueta de niño hiperactivo instaurada por su madre, y todos terminaron creyendo que él realmente padecía ese problema. A ojos de Antonia, su hermanito era igual que los otros niños, prefería estar constantemente jugando y eso le parecía normal. Lo amaba, pero le molestaba que le impusieran el cuidado permanente de él.

A eso de las seis de la tarde el viento comenzó a enfriarse. La brisa sacudía las hojas en las copas de los árboles, formando un círculo alrededor de los fierros carcomidos por el óxido de los aparatos infantiles. Fernando sintió la baja de temperatura y se le entumeció la nariz, pero viajaba por los recónditos pasajes de su novela. Se había olvidado completamente de sus hijos.

Pero el frío se hizo insostenible. El hombre cerró el libro y comenzó la búsqueda de los menores con la vista, entre la decena de pequeños que gritaban eufóricos. Los divisó apartados de los demás, escondidos bajo una maraña de cuerdas que servían para escalar y darse un buen porrazo en el suelo. Pese a la inocencia de los pequeños, el temor les permitía darse cuenta que era mejor no acercarse a aquel artefacto. Era peligroso y por eso ningún niño lo utilizaba. Fernando agarró sus pertenencias y con un quejido se puso de pie.

—¡Antonia, Carlos. Nos vamos. ¡Va a llegar la mamá!

Victoria López, su mujer, estaba a pocos minutos de llegar a casa después de una larga jornada en una tienda de *retail*, empresa que le concedía trabajo hace cinco años, y que además la premiaba por su buen desempeño, llenándola de elogios por sus ventas. Se sentía reconocida y eso le encantaba. Era una tienda grande dentro de la ciudad de Linares, conocida como “la tienda de los precios caros”. Dos pisos repletos de inventario para la venta, desplegando las mejores estrategias de *marketing* para embaucar a sus clientes. A Victoria la mantenían encuadrada en el área de vestuario infantil, junto a dos personas más con las que compartía

turno. A ella y sus compañeras las eligieron por tener una admirable paciencia con las mamás, quienes en más de una ocasión se mostraban en desacuerdo con la vestimenta de mala calidad que ofrecía la tienda. Terminaba exhausta, y los cinco años que llevaba ahí le estaban pasando la cuenta, con sus dolores de espalda que la lanzaban a la cama temprano, y que solo lograba calmar con su ritual de analgésicos antes de dormir. De lo contrario, insomnio seguro.

La familia Quintana disfrutaba compartir la cena. Era una rutina que se cumplía siempre en el mismo horario. La ausencia de alguno de sus integrantes ocasionaba un desajuste notorio en toda la familia, en especial los pequeños. El mes anterior, ocurrió que a Victoria le exigieron realizar el control de inventario en la tienda, lo que ocasionó que la cena de aquel día fuese en silencio y casi llegando a la angustia de los hijos. Victoria llegó tarde aquella vez, los niños dormían y Fernando la esperó escribiendo y corrigiendo su capítulo número veintisiete de la novela que publicó ese mismo mes. El hombre estaba molesto con ella y con la empresa donde trabajaba, sentía que la estaban estrujando por unos míseros pesos. No hablaron hasta el día siguiente. A Victoria aquella situación le causó una pesadumbre, y de ahí en adelante se esforzó para nunca más llegar tarde. Procuraba correr a casa después del trabajo, lo cual le trajo consecuencias físicas por realizar su labor en tiempo récord. Así era la dinámica familiar.

Fernando tomó de las manos a sus hijos y se dirigieron a casa. Eran solo un par de cuadras desde el parque hasta su morada. Durante el recorrido cantaban la canción que más le simpatizaba a Carlitos, “El derecho de vivir en paz”. Era gratificante ver la cara de regocijo que ponía el pequeño al escucharla. También se entretenían adivinando los colores de los vehículos que aparecían por la calle. Como protocolo diario, se adentraban en el almacén que se encontraba a cinco casas de la de ellos, a comprar una sabrosa *Negríta* para Antonia y cinco *Media Hora* para Carlitos, que ya no costaban los cinco pesos de antes, sino que veinte.

Las casas de aquel sector eran pareadas. El frente de cada una no excedía los cinco metros, y de profundidad se lograba advertir que disponían de dos dormitorios en el piso superior y living y cocina en el inferior. No eran un lujo, pero encerraban el esfuerzo de cada familia por mantenerlas aseadas. El cemento de sus calles no daba espacio a una gran vegetación, unos pocos tilos daban batalla para detener el sol con sus ramas mutiladas. Incluso algunas casas demostraban el ahorro en el consumo de agua y sus jardines pagaban las consecuencias.

Muchos de los primeros dueños que llegaron a vivir ahí fueron ayudados por el Gobierno para adquirir a través de un crédito aquellas viviendas. Fernando estuvo dentro de los primeros vecinos en llegar. El banco “popular” le facilitó los treinta millones de pesos que le faltaban para adquirirla, con un plazo de veinte años para pagarla, de los cuales llevaba solo la mitad. La mensualidad de la cuota se pagaba con el cincuenta por ciento del sueldo de Victoria, por lo que llegar a fin de mes era una verdadera cruzada. Con la venta de las novelas de Fernando cubrían los gastos de alimentos y pedidos en el supermercado, quejándose siempre que, a cada concurrencia, existían menos productos que costaran menos de mil pesos.

Al llegar a casa, Fernando sacó de su bolsillo las llaves y las ensartó en la puerta de entrada; la madera rechinó contra el piso hasta topar con la pared, encumbrando el alegato de Antonia por el molesto sonido. Fernando comenzó a distribuir las tareas para tener todo listo antes de la llegada de la madre. Antonia se encargó de colocar la mesa y Carlitos corrió hacia el segundo piso a esconderse en su habitación, con la clara intención de evitar los quehaceres. El padre, advirtiendo la esquiva conducta de su hijo, se acercó a la escalera y vociferó hacia arriba:

—¡Carlos, baja a ayudarle a tu hermana!

Ni rastros de su hijo. Se escuchaban los golpeteos de sus pasos en la madera que dividía el entrepiso. Presintió que jugaba en su dormitorio, con nula intención de obedecer. El padre miró a Antonia y ella le respondió con un levan-

tamiento de hombros, mientras colocaba los platillos y las tazas.

—Yo te ayudo, hija —dijo con ternura y resignación—. De todas maneras, tu hermano se quedará sin tele —decretó.

En el antejardín se escuchó el repiqueteo de los tacos de Victoria, seguido por el tintineo del manojito de llaves. Al entrar, su cabellera rubia relució con los escasos rayos de sol que alumbraron su silueta. Saludó cansada y dejó sus pertenencias en el sillón más cercano a la puerta. Se sacó el abrigo negro con ribetes verde agua que cubría el uniforme de la multitienda y lo lanzó al sillón, formando una ruma de cosas. Se acercó a Antonia y la besó en la frente, junto a un abrazo que duró unos segundos; luego besó a Fernando en la boca mientras se quejaba del ajetreo en su día laboral.

—¿Y Carlitos? —preguntó.

—Arriba, jugando —contestó Fernando.

—¡No quiso ayudar a poner la mesa, mamá! —se adelantó Antonia.

La mujer se asomó a la escalera y lo llamó para que bajara, quería saludarlo y abrazarlo, ya que extrañaba sus gritos cuando pasaba muchas horas sin ellos. Los golpeteos en el piso superior se hicieron notar con mayor empeño, indicando que obedecía la orden de su madre. Fue lo último que se le escuchó a Victoria. El resto solo fueron gestos de amor hacia su hijo, acompañados por algunas muecas de preocupación.

Con la mesa dispuesta y la cena servida, se sentaron a la mesa. Durante los primeros minutos solo se escuchó el rumiar. La madre demostraba el cansancio en sus ojos, estaban brillantes y tenía bolsas bajo ellos. Fernando la miró preocupado, pues intuyó que su humor no era muy bueno. Prefirió dedicarse a cortar la carne a su hijo en trozos pequeños.

La televisión se encontraba encendida en el living, emitiendo las noticias. Nadie le prestaba atención al periodista, que con un tono ridículo reportaba desde el palacio de La Moneda, pero el sonido ayudaba a cortar el



silencio. Antonia, hundida en su plato, no apartaba la vista de sus alimentos.

De un momento a otro, la voz cansada de Victoria se impuso a la bulla del televisor:

—Las ventas no han estado buenas. —Todos la miraron, a la espera de su continuación—. Hoy me citó mi jefe y dijo que a partir de este mes no me pagarán el bono por producción —se lamentó la mujer.

—¿Qué significa eso? —consultó su marido.

—Que me bajará el sueldo un cuarenta por ciento. Casi doscientos mil pesos —agregó mientras se llevaba la cuchara a la boca.

El silencio se volvió a apoderar de la casa. La garganta se le apretó a Fernando, impidiendo que el bolo alimenticio bajara por su tráquea con normalidad. La miró con extrañeza. Y sus hijos hicieron lo propio, prefirieron jugar para extraerse de la conversación.

—Podremos suplirlo con la venta de mis libros. *El amor entre páginas* todavía se está vendiendo, por lo que dijo Alfonso el mes pasado.

—Fernando, tú sabes que tus libros no alcanzan ni siquiera para pagar el pedido de mercadería —le lanzó ella sin despegar la mirada de su plato—. Aparte que tu editor no te paga hasta dentro de dos meses y siempre se atrasa.

Fernando la dio por ganadora de la discusión, prefirió seguir cenando antes de que se convirtiera en una contienda.

—De hecho, no me queda dinero y se acerca el pago del colegio de los niños y el crédito de la casa. Tú sabes que si no se paga ese crédito en la fecha, los intereses se disparan. El banco no espera a nadie —le dijo con voz quebrada a su marido.

Un crujido intenso le sacudió la cabeza al hombre, un dolor que le nubló la mirada. Se llevó ambas manos arriba y la afirmó con fuerza. Escuchaba un zumbido, como si hubiese en el interior un enjambre de abejas revoloteando por todos lados. “Yo me haré cargo”, dijo una voz que se alzó por sobre el zumbido. Miró a su mujer, ella se llevaba el tenedor a la boca con la atención puesta en el periodista del televisor.

—¿Bájale a esa cosa, por favor? —le pidió Fernando, mientras el dolor se apaciguaba.

Victoria le devolvió la mirada sin decirle nada, pero le dio a entender lo molesta que se sentía por la falta de dinero y porque él siempre cambiaba de tema. Las deudas crecían a una velocidad vertiginosa, en especial las cuentas de luz. Él tenía la esperanza de que su editor en algún momento lo llamaría, diciéndole que su libro se convirtió en superventas, el *best seller* del momento. Esto lo tranquilizaba en su fuero interno, pero no tenía ninguna herramienta para transferirle aquel sentimiento a su mujer. “Las mujeres están hechas de una madera distinta”, se decía.

## II

### Cuentas pendientes

Fernando no logró dormir muy bien esa noche. Cualquier sonido era capaz de encender sus ojos como unos faroles que no se apagaban fácilmente, esperando que el día llegara pronto. Las preocupaciones monetarias lo desvelaban, pero Victoria no le aguantó nada y de una patada le ordenó que evitara moverse. Él sabía que no lo lograría, por lo que, resignado, se levantó y partió a la cocina a prepararse un café a la espera de la amanecida.

Después de un buen rato, los pasos en el piso de arriba le indicaron que comenzaba el día laboral de su mujer, y las quejas de sus hijos que se preparaban para ir al colegio. Fernando, con el cuerpo entumecido por el frío de aquella mañana, subió para cooperar en la lucha de vestir a sus retoños. Quedaban pocos minutos para el ingreso a clases y ya se podía imaginar a la inspectora, sedienta de atrasos en la puerta del establecimiento. La funcionaria tenía ese deseo imperioso de atemorizar a los alumnos, se regocijaba con la pleitesía de los estudiantes como un perro de presa. Los apoderados también se sentían a merced de la intimidación por parte de la señora que, con rostro de pocos amigos, era una barrera ineludible al ingreso. Debían moverse con velocidad.

—¿Los puedes ir a dejar al colegio? —solicitó Victoria.

Él, con una mueca escondida de molestia, le contestó con una afirmación que apenas se escuchó. La madre les entregó el desayuno a los niños, aún dormidos para que se los comieran durante el camino. El teléfono de Fernando comenzó a sonar. Lo miró con extrañeza, levantó la vista hacia su mujer y ella también se quedó pendiente.

—No son ni las ocho de la mañana y ya me están llamando. Número desconocido. ¿Aló? —contestó Fernando.

Mantuvo su móvil por unos instantes en la oreja y luego colgó—. De cobranza. ¡Cómo no se aburren! —le refunfuñó a su mujer, arqueando las cejas.

Fernando les colocó la mochila a los adormilados niños y de la mano se los llevó fuera de la casa. El frío que había en el exterior lo hizo mirar con envidia el vehículo que mantenía en marcha su vecino para que la calefacción hiciera efecto, mirándolo de reojo mientras forcejeaba con Carlitos, quien se iba quedando dormido. Caminaron rápido a la esquina de la calle Juan Martínez de Rosas, para alcanzar el colectivo que pasaba por ahí a las ocho y treinta de la mañana. Y desaparecieron.

Victoria se quedó en casa, preparándose para una reunión a las diez, por lo que se arregló el pelo y la vestimenta con calma. Su jefe estaría esperándola y debía demostrar completa pulcritud. Unos golpes en la puerta de entrada la sacaron de su relajó. Se apresuró a abrir. Pensó que podría haberseles quedado algo a los niños, pero no. Era el cartero de Correos de Chile. El hombre se sacudía por el frío con su chaqueta roja y una maquinita en la mano, suplicando para que ella se apurara en abrir la puerta y que el frío no lo noqueara. Quería deshacerse de los sobres a la brevedad. Con sus dientes castañeando y los nudillos de color púrpura, le hizo entrega de la boleta de la luz mirándola de pies a cabeza, que a simple vista y con unas intimidantes letras negras daba cuenta del “corte en trámite”, provocando de inmediato una aceleración en los latidos de la mujer. Los dos sobres pequeños que le seguían, los distinguió claramente: uno con ribetes celestes cargaba la pistola con la deuda del agua y el otro disparaba con la deuda del crédito de la casa que no se había pagado desde hacía seis meses. La mujer camufló su preocupación detrás de una sonrisa que el cartero, con el frío que sentía, no se interesó en observar. Desde ese momento, el día para Victoria dejó de brillar. Se volvió opaco y repleto de temores. Dudó de su profesionalismo al recordar el miserable monto de su sueldo mensual que con tanto sacrificio se ganaba. En su cabeza giraban esas letras negras que avisaban el corte de la luz y sabía que nada evitaría

quedar en la oscuridad si no la cancelaba. Sentía que su esfuerzo y trabajo diario alimentaba únicamente las bocas de esas megaindustrias. Empresas que buscan cada uno de los resquicios legales posibles para aumentar el valor final en la boleta y cobrar sumas abusivas a sus clientes, amparados por las leyes del Estado. Inconmoviblemente los dejarían en penumbras, no solo sin luz, sino que les apagaban las esperanzas de vida a los ciudadanos que luchan diariamente por conseguir el monto de pago. Aquellas empresas que no presentaban ningún tipo de empatía por las personas, pero sí un apego incontrolable al dinero. Se sentó a los pies de la cama. Sus brazos le pesaban. Ya no tenía fuerzas para mantener sus hombros erguidos. Trató de pensar qué hacer ante un escenario tan complejo, pero no logró ver la luz.

La reunión transcurrió rápido. A la hora de almuerzo, sus jefes habían dado término al aburrimiento y Victoria logró escabullirse para llegar a casa antes que su marido con los niños. Caminó hacia la catedral para tomar la línea de colectivos que tenía paradero en la calle Freire, detrás de los edificios de oficinas públicas. Aquel día, a la ciudad de Linares la cubrían unas inmensas nubes grises que amenazaban con lluvia a cada paso que daba. La caminata le sirvió únicamente para que en su cabeza revolotearan las deudas que recibió durante la mañana, y la baja en su sueldo del mes siguiente que le confirmó su jefe en la reunión. Durante el trayecto, una mujer que bordeaba los setenta años se le abalanzó ofreciéndole unas tostadas y crujientes churrascas que calentaba con una asadera a mitad de la vereda. El aroma provocó que salivara más de lo normal, pero la detuvo el recuerdo del cartero. El valor del ofrecimiento de la mujer era minúsculo, solo quinientos pesos, pero las deudas lo volvían un monto inalcanzable para su acotado presupuesto. Victoria, con su cuerpo encorvado al caminar, daba las primeras muestras de que su esfuerzo diario comenzaba a pasarle la cuenta. En su avance dejaba atrás a otras personas que aparentaban luchar con los mismos fantasmas que ella. Sus miradas desganadas lo decían. La tristeza en los rostros arrugados de los transeúntes con los que se encon-

traba, era el fiel reflejo de que la vida se les consumía en la búsqueda del presupuesto familiar para evitar la hambruna y solventar la educación de sus hijos. Sin siquiera buscar grandes lujos, solo lo necesario para vivir. El caminar cansino se repetía en todas las calles. Se topó frente a frente con un hombre que caminaba en dirección contraria. En su rostro se dibujaban las descargas de su propio trabajo, de su propio cansancio, incluso de su jefe. Un rostro golpeado por el abuso de una autoridad que él, obligadamente, permitió entrar en su vida. Sus pasos eran pesados, como si cargara el peso de toda la empresa en sus hombros. Por supuesto que no era el caso. Luego de unos metros se enfrentó con otro hombre, algo más joven que el anterior, que la asustó con un gesto de asco: reflejaba en su mirada la frustración y el enojo que ella no podía expresar. Tristemente, su mirada anunciaba que aquellos sentimientos de enfado serían inevitablemente descargados hacia su pareja, o peor aún, hacia sus hijos. Victoria, al pasar frente al ventanal de una de las grandes casas comerciales de la ciudad, por primera vez se miró en el reflejo y encontró una mujer apagada, ojerosa y encorvada al igual que los caminantes de la ciudad. La mujer se despreocupó de su presentación personal por el afán de conseguir las migajas de sueldo al término del mes. Su vida giraba hacia el agotamiento.

Tardó quince minutos en pasar por ahí el colectivo número cinco, que solía acercarla desde el centro hacia su casa. Se apuró para conseguir el asiento del copiloto, pero un gigantón de varios kilos de más le ganó la carrera con un empujón. Acompañada de otras dos personas en los asientos traseros del coche, intentaba separarse, forzando cada uno de los músculos de la espalda. Le dolía, pero nunca le fascinó estar muy cerca de otra persona, y eso siempre lo hizo notar.

Al llegar a la esquina de su casa, el colectivo se detuvo. Sacó como pudo las monedas para pagar el recorrido, evitando a toda costa rozar a otro hombre que venía a su lado. En el intento se le cayó una moneda al piso, se deslizó entre las piernas del grandulón. A su pesar, no le quedó más re-

medio que perderla ante el apuro del chofer por continuar la marcha. Lo lamentó al extremo de sentirse angustiada.

Apenas abrió la puerta, se percató de que su familia aún no llegaba. Hurgueteó en la despensa y con desaliento la observó de arriba abajo. Solo brillaba en su interior el paquete de arroz que acompañaría con vienasas congeladas.

La puerta de entrada se escuchó al abrirse a lo lejos, las conversaciones triviales entre Antonia y Carlos sacaron a Victoria de sus pensamientos. Ese “Hola mami” le dio color a su vida nuevamente. Luego, entró Fernando con un nuevo libro bajo el brazo. Su mujer lo observó antes de que se acercara a saludarla. Sus ojos se abrieron del porte de los platos que mantenía en el mueble de cocina, esperando el alimento. Los hombros le pesaron y no logró esconder su molestia.

—¿Y eso? —lanzó con un tono desafiante.

—Me lo regalaron en la salida del colegio —mintió—, habla sobre una eventual colonización a Marte. —Sonrió como pudo—. Ciencia ficción que te hace volcar la vista a las estrellas —continuó, sabiendo que sus palabras lo condenarían—. ¿Qué hay de almuerzo? —se apresuró a decir, en un intento de desviar su atención.

—Arroz con vienasas.

—Carbohidratos y proteína —protestó el hombre.

—Comer sano sale caro en este país —contestó con rabia la mujer mientras caminaba hacia la cocina.

Él prefirió quedarse callado, para darle tiempo de tranquilizarse a su mujer. El golpeteo de la vajilla demostraba su enojo. El hombre se dirigió hacia el sofá y encendió el televisor, y astutamente colocó el libro debajo del asiento para que no estimulara el odio nuevamente. Recorrió cada uno de los canales, como si buscara la solución al reciente conflicto en alguno de ellos. No logró encontrarla. La invitación de Victoria a sentarse a la mesa le devolvió los colores al rostro.

La comida se prolongó con tirantez y la inteligente quietud de los niños disminuyó la tensión, pero eso no duró más allá de cuando levantaron la mesa. Fernando se retiró hacia el living y comenzó la lectura de su libro “regalado”. Victo-

ria le lanzó las cuentas al asiento contiguo con una mirada penetrante.

—¡Estoy sumamente preocupada por estas cuentas que llegaron en la mañana! ¡La cuenta de la luz dice corte en trámite, y del crédito de la casa ya debemos seis cuotas! — vociferó mientras se retiraba a la cocina.

Fernando las examinó en silencio, a la espera que su mujer dirigiera la conversación. Su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó y se percató de que era el número de cobranzas que ya tenía identificado.

—Hay que pagarlas a más tardar la próxima semana, de lo contrario nos cortarán la luz —continuó Victoria—. Acuérdate que este mes recibo menos sueldo.

Los ojos de Fernando se movieron de un lado a otro, ya no mantenían el brillo característico. Trató de ordenar sus ideas con respecto a las deudas, haciendo cálculos mentales en su cuenta bancaria para encontrar la forma de hacer aparecer el dinero. Si bien los libros se estaban vendiendo según el informe del mes anterior, le preocupaba la baja de sueldo de su esposa. El teléfono dejó de vibrar. Sintió un alivio, pero en la pantalla de inicio quedó grabada la llamada perdida. Luego de unos minutos, su celular volvió a vibrar, esta vez con más insistencia. Él intuyó que a la persona al otro lado del auricular le urgía contactarlo a toda costa, tal vez le ofrecían una buena comisión. “¿Cómo no entenderá que si no contesto es porque estoy ocupado?”, refunfuñó. Entonces comenzó a sudar, al pensar que se podría meter en un problema mayor si no contestaba. Se sentía intranquilo, como si hubiese cometido un crimen al no responder la llamada.

Luego de unos minutos, su teléfono vibró una única vez. En su pantalla apareció una notificación de un correo electrónico nuevo. Era del banco. Lo abrió y leyó en letras grandes el asunto: “urgente”. La palabra como encabezado demostraba que si no lo leía entero podría arriesgar pena de cárcel. Su corazón se aceleró. Se sentía perseguido por una manada de hienas que lo único que buscaban era quitarle el poco dinero que había en su cuenta bancaria. Sus



ojos bailaban en sus cuencas, preocupados por la insistencia de las oficinas de cobranza. Esto, sumado a los conflictos con Victoria, conformaban una presión que lo angustiaba. Se sintió amenazado en su propia casa, como si alguien le colocara un cuchillo al cuello. Necesitaba cancelar las deudas pendientes, pero no encontraba la forma de conseguir más dinero.

Un zumbido se apoderó de su cabeza. Era un sonido que no le permitía escuchar a su alrededor. Su mirada se nubló por segundos. El intenso dolor le hizo arrugar el rostro. Pudo escuchar un crujido, como si su mujer estuviese partiendo leña dentro de él. “¿Por qué me duele tanto la cabeza?”, pensó y la presionó fuertemente con sus manos. El dolor escalaba en intensidad, no lograba apaciguarlo. Quería llorar, pero no quería que su mujer se enterara. Trató de acomodarse en el sofá, mas no encontró posición alguna que permitiera disminuir el dolor. Intentó cerrar sus ojos y olvidarse de él, pero se hacía más presente, más intenso y más penetrante. Una lágrima corrió por su mejilla.

Luego de un rato, y aún con una pulsación en su cabeza, salió a caminar por las calles de su población para distraerse de aquella sensación que lo abrumaba. Caminó unas pocas cuadras, hasta que se encontró con una vecina que regaba las plantas en el antejardín de su casa. Él la miró. En el rostro de la mujer pudo advertir el reproche, la vergüenza. Una sensación de suciedad que lo recorría de pies a cabeza, como si a ella también le debiera dinero. Los ojos de la mujer le provocaron unos escalofríos que le erizaron los vellos del brazo. Volteó la vista para evitar a la señora, pero la curiosidad le ganó y la buscó de reojo. Ella continuaba con la vista clavada en él. Unos ojos enormes, llenos de cuestionamiento que lo increpaban.

“Es lo que corresponde, señor. ¡Pagar sus cuentas!”, creyó escucharla decir.

Su corazón se aceleró. Quería salir luego de ahí. Avanzó para dejar atrás a la mujer que lo regañaba por deberles dinero a los ricos.

En la plaza donde concurría con sus hijos a entretenerse, había un grupo de jóvenes sentados en uno de los escaños, bebiendo alcohol con completa soltura. Fernando evitó su mirada, a aquella hora eran sus dominios. Los jóvenes lo observaban con la misma atención de la señora que dejó una cuadra atrás. Murmuraban algo que no alcanzó a entender. Se sentía como un prófugo, como si ya no perteneciera a la sociedad. “¿Cómo puede ser que toda esta gente sepa que le debo dinero al banco y que me quieren cortar la luz?”, se cuestionó.

Regresó a su casa deseando no encontrarse con nadie más. Quería conservar lo poco que le quedaba. Necesitaba estar solo, encerrarse a terminar su novela. Una idea le retorció la mente, y aquella sensación lo atormentó.

# III

## Primeros síntomas

El teléfono de Fernando sonó unas cuantas veces durante aquel día. En la pantalla aparecía el mismo número de siempre, y otros sin identificación. Contestó algunos llamados con notorio enfado, pero cada vez que lo hacía se encontraba con la música de rutina, una tonada estridente que volvía la espera más agónica. Después de esto, aparecía un operador caribeño que le exigía el pago de la cuota del crédito. “Y pensar que esas llamadas las pago yo. ¡Maldición!”, se dijo ofuscado. Las llamadas se sucedían cada media hora, y no servía de nada cortar, porque enseguida llegaba un correo electrónico. Como animales carroñeros, las empresas de cobranza advertían mágicamente cuando él estaba tranquilo, también cuando el teléfono se encontraba disponible para el hostigamiento. Sentía picazón en todo el cuerpo apenas el aparato sonaba. Se rascaba con feroz energía, su piel daba muestra de ello: en el cuero cabelludo se formaban algunas lagunas vacías que dejaban ver las llagas rojizas provocadas por sus uñas. En una oportunidad, la lesión que se propinó al rascarse le provocó un sangramiento intenso que llamó la atención a su mujer, pero él esquivó el interrogatorio aduciendo un golpe con el mueble de cocina. Ella le creyó.

La ansiedad fue en aumento, así como las discusiones con Victoria. Él sentía la necesidad imperiosa de escribir y escapar del contacto humano. En su cabeza deambulaba una historia formidable que no podía dejar pasar. Necesitaba plasmarla en el papel lo antes posible, pero para eso debía mantenerse concentrado y apartado de la distracción familiar. Los quehaceres de la casa se le hacían molestos, Victoria le recriminaba cuando él esquivaba las tareas que debía cumplir en casa, y eso provocaba la dura respuesta